

§. V.—Continúa el mismo discurso, en que se trata mas particularmente de la compañía de Jesus.

I. Paréceme que el deber que tengo para con mis hermanos, me obliga á hacer ver para su satisfaccion que la madre y protectora de las órdenes regulares no ha despreciado á la compañía de Jesus, sino que desde el principio trasplantó á ella como á un escogido vergel muchas y preciosas plantas que regaba en el siglo con los favores mas exquisitos. Por lo que mira á S. Ignacio y sus nueve primeros compañeros, me contentaré con lo dicho en otra parte (1): solo quiero se recuerde que aquel embrion de nuestra compañía se concibió en la iglesia de Montmartre de Paris el dia de la Asuncion del año 1554, y fué dado á luz en la de la Strada en Roma, la primera que tuvieron aquellos religiosos para ejercer su ministerio. Pasemos á algunos de sus descendientes.

S. Estanislao de Kostka.

II. El primero que encuentro, es el bienaventurado Estanislao de Kostka, á quien podriamos llamar el ángel de la compañía y uno de los hijos mas queridos de la Virgen. Descendia de una familia muy ilustre de Polonia, en la cual habia habido muchos palatinos, electores, prelados, capitanes y otros personajes de categoría. A la edad de trece años fue enviado á estudiar á Viena, donde hizo notable aprovechamiento en las letras, aunque su principal contento era tener el rosario en la mano, ó leer algunos versos en loor de Maria san-

(1) *Trat. 2, cap. 22, §. 7.*

tísima, ó hacer otra cosa que creyese habia de serle agradable. En estas ocupaciones fué acometido de una enfermedad, que no parece sino que expresamente se la habia enviado la Virgen para mostrarle su amor; porque primero hizo fuese visitado por santa Bárbara, á quien tenia particular devocion, acompañada de algunos ángeles que le dieron la sagrada comunión: luego bajó ella en persona á visitarle y le hizo mil finezas. Entre otras le puso sobre la cama su hijo, á quien llevaba en los brazos, y el enfermo le tomó con indecible consuelo. Estando nuestra señora para partirse manifestó á Estanislao ser su voluntad que entrase en la compañía de Jesus. No tuvo que vencer pocas dificultades el angelical mancebo para lograrlo: baste decir que le fué preciso andar á pie mas de trescientas leguas, á cuyo ejercicio no estaba acostumbrado; pero todo lo facilitaba el amor que ardia en su pecho. Su conducta manifestó bien pronto de dónde venia, porque en menos de diez meses que vivió en la compañía, llegó á un punto á donde apenas pueden llegar en muchos años los mas pro-
fectos y animosos.

S. Luis Gonzaga.

III. Siguiese S. Luis Gonzaga, mucho mas esclarecido por sus singulares virtudes que por su prosapia (era hijo primogénito del marqués de Chatillon, príncipe del sacro imperio). Desde su nacimiento fué de la madre de Dios, porque vino al mundo por un voto hecho á nuestra señora de Loreto en razon de que los médicos habian pronosticado la muerte de la madre y del hijo. Luis profesó desde luego una devocion tan tierna y córdial á nuestra señora, que no podia hablar ú oír hablar de ella sin que se derritiese su corazon en dulces deliquios de amor. A la edad de diez años para asemejarse mas á Maria y merecer mejor sus gracias hizo

voto de perpetua virginidad ante nuestra señora de la Anunciada de Florencia. A los quince comenzó á pensar con todas veras en sí y en la eleccion de un estado en que pudiera asegurar su salvacion. Hallábase entonces en Madrid, corte del rey de España Felipe II, haciendo mas la corte al rey del cielo que á los príncipes de la tierra. Poco antes de la Asuncion resolvió aumentar su oracion y redoblar su fervor para conocer la voluntad de Dios, y en el dia de aquella festividad del año 1585 se dispuso para comulgar con extraordinaria devocion: despues derramando su corazon enternecido y abrasado de amor en la presencia de nuestro Señor le suplicó por la intercesion de su gloriosa madre le enviara un rayo de su luz para descubrirle en qué deseaba ser servido de allí adelante. Entonces oyó distintamente una voz, que le dijo al corazon tomase la sotana en la compañía de Jesus. Parecióle que aquella voz era del cielo, como en efecto lo era, y viendo sus deseos cumplidos despues de muchos combates se aventajó en poco tiempo á los mas provecos en la virtud.

Juan Nuñez.

IV. Juan Nuñez, que luego fué nombrado patriarca de Etiopía por sus singulares méritos y murió en Goa, entró en la compañía de Jesus, á donde le envió la madre de Dios como un rico presente. Antes era abad de una abadía situada á unas seis leguas de Braga en Portugal, donde vivia tan ejemplarmente, que le llamaban el abad santo. Su perfeccion consistia principalmente en la contemplacion y la austeridad de vida. Oraba una buena parte del dia y el resto le empleaba en la administracion de sacramentos, en la leccion espiritual y en otros ejercicios devotos, en que buscaba la tranquilidad de su ánimo. Pero Dios la turbó para perfeccionarla; á cuyo efec-

to se valió de Melchor Nuñez, hermano de Juan, que habia entrado hacia poco en la compañía y tenia el mayor empeño en traerle á ella. Sintiéndose el abad extraordinariamente agitado resolvió decir cierto número de misas para disponerse á conocer la voluntad de Dios. Una noche estando durmiendo le pareció que servia de diácono en una misa solemne á un preste á quien no habia visto jamás, y llegado el caso de darle la paz estaba á la derecha del preste, como es costumbre; pero este le hacia seña de que pasara á la izquierda. Trabóse contienda sobre el particular, y en tanto despertó Juan y comenzó á discurrir entre sí qué misterio habria en aquel sueño, cuya interpretacion no se le dió hasta de allí á algun tiempo. Quanto mas oraba, mas crecia su congoja hasta que para apaciguar la borrasca de su corazon puso todas sus esperanzas en la madre de Dios y con el fin de hacérsela propicia propuso decirle cierto número de misas. Al punto se le apareció nuestra señora con el mismo preste de la vision, y le mandó ir á buscarle á Coimbra, donde residia, y ejecutar puntualmente lo que le ordenase. El abad en traje de mendigo marchó á Coimbra, donde encontró al P. Lefebre (uno de los compañeros de S. Ignacio enviado á Portugal), y desde luego conoció que era el mismo que habia visto dos veces en sueños. El P. Lefebre le tuvo cuarenta dias en ejercicios espirituales haciéndole palpar cómo hasta entonces habia buscado la paz á la mano derecha de la contemplacion y del retiro, y Dios que conocia la sinceridad de sus intenciones, se la habia hecho hallar en todos ejercicios; pero que de allí adelante no la hallaría y que le era preciso pasar á la mano izquierda de los afanes y trabajos, aprender á quebrantar su juicio y voluntad bajo la conducta de otro, abrazar la cruz y la desnudez del Salvador, negarse á sí mismo y no reducir su zelo á una aldea, sino dejarse llevar á donde el Espiritu

Santo quisiera conducirle. Desde luego hubiera entrado Nuñez en la compañía; pero el P. Lefebre juzgó mas conveniente darle tiempo para resolverse mejor. Transcurrido el plazo volvió Nuñez decidido á seguir á nuestro Señor en la religion, donde vivió algunos años con tanta virtud y pasando tantos trabajos, que en vano seria buscar otras señales mas ciertas de la verdad de su vocacion.

Otro Juan Nuñez.

V. El mismo P. Lefebre ganó á nuestro Señor en Lovaina otro Juan Nuñez, de la ilustre casa de los Guzmánes. Esta presa se debió á la madre de Dios, porque como Nuñez fuese revolviendo proyectos en su mente para abrazar un género de vida, se le apareció nuestra señora acompañada de Pedro Lefebre y Francisco Strada, insigne predicador, y le habló de esta manera: «¿Tienes valor para servir á mi hijo hasta ser cansado y molido?» Nuñez respondió animosamente que sí. Pues sigue á esos dos, repuso la Virgen. De allí á algun tiempo habiendo llegado los PP. Lefebre y Strada al lugar donde estaba entonces Nuñez, el primero dijo á este las mismas palabras que habia usado antes María santísima. Nuñez entró en sí y tuvo por cosa indudable que la Virgen le habia llevado los dos religiosos, para que se uniese á ellos, como lo hizo.

Cornelio Vischaven.

VI. Aquí tenemos otra conquista de los mismos PP. Lefebre y Strada y otra prueba evidente del esmero con que la madre de Dios mira por la compañía de Jesus. Cornelio Vischaven, natural de Malinas en el Brabante, despues de concluidos los estudios en Lovaina hacia extraordinarios esfuerzos para atraer las almas al amor de la

virtud y la piedad. Ya hacia mucho pedia á Dios se sirviese enviarle auxilio para servir mas á su iglesia, cuando un amigo suyo le convidó á oír al P. Strada, que predicaba en Lovaina y cautivaba á todos sus oyentes. En cuanto Cornelio recibió la carta, se persuadió á que podia ser el cumplimiento de la promesa que Dios le habia hecho interiormente de enviarle auxilio. En efecto cuando iba buscando á Strada, la misma madre de Dios le enseñó la casa donde aquel paraba. Abocóse Cornelio con él, y practicados los ejercicios espirituales por algunos dias hizo voto durante la misa de entrar en la compañía; lo que ejecutó así que llegó el P. Lefebre. Viendo este las singulares disposiciones de Cornelio le ejercitó en todas las prácticas de la vida cristiana, para que estuviese á prueba de todas las dificultades que podian ofrecérsele de allí adelante.

VII. A los pocos años entró en el instituto Santiago Ledesma, blandamente atraído por la misma que habia llevado á otros. Este hombre á la edad de treinta y tres años era atormentado de una ansia tan grande de saber, que no habia podido satisfacerla en las universidades de Alcalá, Paris y Lovaina. Por todas partes iba buscando quien le enseñase algo, cuando Dios le envió maestros de una ciencia mas sublime que las que habia aprendido hasta entonces. Como su espiritu padecia una angustia extremada y una irresolucion casi insoportable, abrió su pecho al P. Pedro de Ribadeneira, sacerdote de la compañía, y le manifestó los impulsos que le daban de entrar en la misma; pero que le detenian tres cosas: el recelo de que no saliesen á luz ciertos tratados de filosofia y teología que tenia casi á punto de publicar; el temor de no poder vivir con la pureza que habia advertido en los religiosos de la compañía, cuyo trato habia frecuentado; y la desconfianza de poder perseverar. Mas el P. Ribadeneira disipó con tanto acierto aquel temor y desconfianza, que de

pronto se sintió Ledesma otro hombre. Se resolvió pues á seguir al P. Ribadeneira, que era llamado á Roma, y Dios le hizo tantas mercedes por el camino, que no sabia dónde estaba. En todas las casas de la compañía por donde pasaba, hallaba sugetos que respondian á sus mas ocultos pensamientos aun antes que él los hubiese declarado. En Augsburgo se dejó ver de él nuestro Señor y le consoló. En Brescia la Virgen acompañada de santa Magdalena, de santa Catalina virgen y mártir y de santa Catalina de Sena le prometió la castidad y la perseverancia que tan inquieto le traian, y además le aseguró que antes de su muerte se apareceria de nuevo y que entonces conoceria él la verdad de sus promesas y veria claramente la gran merced que le hacia en concederle la pureza de alma y cuerpo.

El P. José Ankieta. Juan Fernando.

VIII. Aunque no he leído nada del P. José Ankieta, el taumaturgo de nuestra época, que formalmente venga á mi propósito; no puedo dudar que la Virgen, ante cuyo altar habia hecho voto de perpetua virginidad en su adolescencia y á quien profesó toda su vida la mas tierna devocion, le llamase y encaminase á la compañía. Entró en ella el año 1550 é hizo una vida extraordinaria obrando tal multitud de milagros, que serian necesarios volúmenes para referirlos. El obispo del Brasil Pedro Lietant no cesaba de decir que la compañía de Jesus era una joya y el P. José la piedra preciosa de ella. Ve aquí una profecía de este religioso, que no puedo pasar en silencio porque hace á mi propósito. Un albañil llamado Juan Fernando, cuya mujer vivia en Portugal, estaba colocando las campanas en el campanario de nuestra señora de Bahía, cuando llegó el P. José y le dijo: Juan, asegura bien esas campanas, porque tú serás el primero

de nuestra compañía por quien se toquen. Al poco tiempo Juan cayó enfermo y el padre tuvo que embarcarse; pero á los treinta dias fué obligado á volver al mismo puerto. En cuanto saltó en tierra, se fué derecho al colegio de la compañía y entró en el aposento de Juan Fernando, que habia recibido noticia cierta de la muerte de su mujer. Juan, le dijo el P. José, la virgen Maria me manda para que yo te reciba en la compañía: acuérdate de mí en pago de este beneficio cuando estés en la presencia de aquella santísima madre, que será de aquí á ocho dias. Así sucedió con efecto, y en su entierro se tocaron por primera vez las nuevas campanas, como habia predicho el P. José.

El B. Pedro Canisio. El P. Gonzalo Silveira.

IX. Añadamos al apóstol del Brasil los de Alemania y Monomotapa. El primero es el P. Pedro Canisio, quien trabajó tanto para preservar y curar á Alemania de la peste de las herejías, que mereció entre grandes y pequeños el honroso título de apóstol, especialmente en la ciudad de Friburgo, donde se guarda su cuerpo como un precioso tesoro. El gran cardenal Hozio despues de leer el libro que el siervo de Dios compuso de la virgen Maria, dijo que en su concepto nadie hasta entonces habia escrito de nuestra señora mas docta ó piadosamente que él. La devocion que tuvo á la reina del cielo, es atestada aun hoy por los frecuentes milagros que se obran con tocar su rosario. Habiendo ocupado un lugar entre los siervos mas fieles y devotos de la Virgen, yo haria escrúpulo de dudar que esta señora le abrió las puertas de la religion, especialmente viendo que le escogió desde la niñez para emplearle como un instrumento extraordinario de su gloria.

X. No diré menos del P. Gonzalo Silveira, que ganó

la corona del martirio en el reino de Monomotapa, á donde iba á predicar el Evangelio. En otra ocasion hablaré mas largamente de él (1): por ahora baste decir lo que se lee en la historia auténtica de la Compañía; á saber, que su corazon ardia en amor y en deseo inexplicable de honrar á la madre de Dios y que hablaba y escribia de ella con tanto fervor y resolucion, que era imposible dejar de amarla oyendo lo que él decia.

El P. Baltasar Alvarez.

XI. Nunca me persuadiré á que el P. Baltasar Alvarez no fué traído por la Virgen á la compañía, en especial despues de haber leído lo que se ha escrito acerca de su incomparable devocion á nuestra señora. Sin hablar del tiempo anterior á su entrada en la religion es cosa averiguada que mientras estuvo en el noviciado, nadie rezó con él el oficio parvo ó le oyó hablar de las grandezas de nuestra señora, que no saliese mas devoto y enamorado de ella. En ese mismo tiempo fué atormentado de las mas recias tentaciones: un dia el diablo despues de haberle hostigado de un modo increíble le prometió darle treguas, si él aflojaba por su parte, especialmente en la devocion que tenia á aquella mujer (así llamaba á la Virgen). Nunca estuvo mas contento que cuando en su viaje de España á Roma pudo derramar su corazon en el seno de su buena madre en la santa casa de Loreto. Esta señora agradecida al tierno amor de su siervo le dió muchos documentos, que le sirvieron así para su aprovechamiento espiritual como para el de otros. Nada le ayudó tanto para hacer caminar á los novicios de Medina á pasos agigantados por el camino de

(1) *Trat. 4, cap. 3.*

la perfeccion como el infundirles la devocion á la virgen Maria. En fin seria necesario un libro entero para declarar por menor los sentimientos que tenia acerca de las perfecciones incomparables de la reina de los cielos, y las muestras que de ello dejó.

El P. Gaspar Sanchez.

XII. El P. Gaspar Sanchez se dió á conocer mucho por sus sabios escritos; pero mas por su excelente virtud. La Virgen le inspiró que entrara en la compañía del modo que voy á decir. Siendo estudiante en Córdoba ya deseaba entrar en ella; pero se lo impidió el tener la lengua tan gorda, que no se entendia lo que hablaba. En medio del disgusto que le causaban las repulsas, sintió un dia una confianza extraordinaria en la madre de Dios, de quien era devotísimo. Fuése á la capilla de nuestra señora de la Fuensanta, donde obraba muchos milagros la virgen Maria, y postrado de rodillas le dijo de lo íntimo de su corazon que no se levantara de allí mientras la madre de bondad no le quitase el impedimento de la lengua, por el cual no podia entrar en la compañía. ¡Cosa admirable! En el acto se le desató la lengua sin quedarle mas que un pequeño tartamudeo como memorial del beneficio recibido. Quedó Gaspar tan reconocido, que siempre que iba á Córdoba, antes de entrar en el colegio se dirigia á la capilla de la Fuensanta á dar gracias á nuestra señora y pasaba todo el dia siguiente delante de la santa imágen despues de celebrar devotamente el sacrificio de la misa.

Benito de Goez.

XIII. Estando en la costa de Travancor con la flota portuguesa Benito de Goez, que hizo despues proezas en el descubrimiento del reino de Catay, llevaba verdadera-

mente la vida de soldado, cuando el cielo le inspiró que entrara en la iglesia de un lugar con un compañero suyo. No bien se hubo arrodillado ante una imágen de la Virgen, cuando estimulado por los remordimientos de la conciencia suplicó á nuestra señora le alcanzase la remision de sus pecados. ¡Oh maravilla! El niño que la imágen tenia en los brazos, comenzó á derramar lágrimas de leche en tanta abundancia, que los dos militares juntamente con otras varias personas á quienes llamaron por testigos, pudieron empapar los pañuelos en aquel licor celestial. Divulgada la noticia del milagro, los soldados en accion de gracias y en señal de regocijo hicieron salvas de mosquete y de cañon. Desde entonces Benito se resolvió á servir á otro principe mejor que aquel por quien habia llevado las armas hasta entonces, y entró en la compañía, donde vivió y murió santamente.

Alfonso Rodriguez.

XIV. Este insigne siervo de Dios fué uno de los hijos mas queridos de la Virgen santísima. En su vida pueden notarse las gracias y mercedes que le fueron otorgadas por la intercesion de la reina de los ángeles, gracias tan extraordinarias, que pocos santos las han recibido asi. Su corazon le aseguraba tanto que amaba á Maria, que muchas veces se atrevia á decir á esta señora que la queria mas que ella á él, aunque en vida y en muerte recibió muchos testimonios del amor mas que maternal de la misma.

Juan Jimenez.

XV. Este es el tercero de los coadjutores temporales de que me propongo hablar aqui. La madre de Dios mostró muy pronto que ella y no otro le habia guiado

para entrar en la compañía de Jesus, mostrando particular cuidado de adelantarle y alentarle en el camino de la virtud. Era tan grande la confianza que Juan tenia en nuestra señora, que un dia tuvo valor para pedir que le cerciorase de su salvacion; á lo cual respondió la Virgen que no cuidara mas que de caminar siempre, como habia hecho hasta entonces, por el camino de la ciega obediencia, y que infaliblemente le conduciria ella á puerto seguro. Decia él que desde que su amabilísima madre le habia dado tal respuesta, sentia tanto ánimo, que nada le era imposible. Un dia que estaba ocupado en la iglesia de la compañía en Zaragoza en llevar rodando una gruesa piedra con otro compañero por un plano inclinado, tocaron al Ave Maria: en cuanto oyó la primera campanada, lo dejó todo segun su costumbre para saludar á nuestra señora, y otro tanto hizo su compañero, y aunque la piedra por no apoyarse mas que en un ángulo debia de continuar rodando con rapidez, se quedó parada. Grande fué la admiracion de los dos religiosos cuando concluidas sus preces la encontraron asi, y mucho mas cuando vieron que les era tan fácil manejarla como si fuese un madero pequeño.

El P. Sebastian Barradas.

XVI. El P. Sebastian Barradas, predicador apostólico, cuya memoria vive en sus escritos, varon que entre otras muchas virtudes estaba dotado de singular humildad, certificó por su misma boca haber recibido mandato formal de la virgen Maria para entrar en la compañía de Jesus.

El P. Pedro de Anasco.

XVII. El P. Pedro de Anasco, varon muy ejemplar, declaró que estando aun en el siglo á la edad como de

veinte y dos años y siendo afligido de una enfermedad peligrosa, se le apareció la madre de consuelo y le manifestó que su hijo quería ser servido por él en la compañía, en señal de lo cual le restituiría la salud. Cumplió Pedro las órdenes del cielo y de allí adelante ayunó todos los sábados en memoria del beneficio que había recibido de la Virgen, la cual mostró aceptar aquella prueba de gratitud en términos, que aseguraba el siervo de Dios no haber pasado jamás un sábado sin que experimentase la bondad de nuestra señora consiguiendo alguna gracia particular.

El P. Juan Berchmans.

XVIII. Creería yo ofender á la madre de Dios, si omitiera hablar de un religioso joven que ha manifestado en nuestros dias lo que puede un corazon inflamado en el amor de aquella señora. Reservándome volver á tratar de él en otro lugar (1) me contentaré ahora con decir lo que pasó para su entrada en la religion, que fué el 24 de setiembre del año 1616 á los diez y ocho de su edad. Juan habia mamado con la leche la devocion á la Virgen, á quien amaba con un amor ternísimo. Siendo aun estudiante iba con frecuencia á saludarla en su capilla de Monteagudo, que dista solo una hora de Diest, guardando siempre silencio y ocupado en meditar ó en rezar el rosario. Muchas veces se privaba de su frugal almuerzo (que se encontraba luego en los rincones de la casa) en honor de la Virgen. Solia decir que se sentia impelido de particular cariño hácia aquellos que sabia ser devotos de nuestra señora. Ayunaba todos los sábados y las vísperas de las festividades y rezaba todos los dias el salterio de S. Buenaventura. Al principio de cada

(1) *Trat. 4, cap. 4, §. 2.*

mes preguntaba al padre prefecto de la congregacion de qué culpa debia enmendarse y qué devocion á la Virgen habia de practicar. Pero cuando hubo de resolver qué estado abrazaria, aumentó todas sus devociones y dijo á María santísima que era llegado el tiempo de servirle de madre y darle pruebas de cariño. A este efecto mandó decir todas las misas que pudo en el altar de nuestra señora en la iglesia de S. Pedro de Lovaina y en la capilla de Monteagudo. No tardó en manifestarle la Virgen que la voluntad de su hijo era entrarse en la compañía de Jesus. No me atrevo á decir mas, porque aun no ha permitido la silla apostólica se publiquen las cosas extraordinarias que acontecieron al siervo de Dios.

Los seis hermanos Tatoats.

XIX. Es general la fama de las maravillas que obra nuestra señora de Garazon en la Gascuña; pero ve aquí una que merece referirse para conclusion de este discurso. Ana de Filouse, mujer de Domingo Tatoat, vecino de la ciudad de Boloña, que dista como unas tres leguas de Garazon, habia tenido ya varias hijas y ningún varon; de modo que sus parientes la llamaban en chanza la madre de las chicas. Con el tiempo llegó á ofenderse de estas palabras de desprecio sintiendo aun mas verse privado de un hijo varon. Fuese pues á nuestra señora de Garazon é hizo voto de que si tenia por su intercesion un hijo, le consagraria al servicio de Dios y al suyo en caso que él consintiera. Apenas habian transcurrido nueve meses, cuando parió dos gemelos tan parecidos, que los mismos criados no podian distinguirlos hasta la edad de diez y ocho años. Despues tuvo otros cuatro. Los dos primeros entraron en la Compañía: á poco hicieron lo mismo otros dos, y de los dos que quedaban, el uno tomó el hábito de capuchino y el otro permaneció en el siglo.

XX. Mucho mas tendria yo que decir, si quisiera contar todo lo que se sabe sobre este particular asi de los que ya han muerto, como de los que viven aun. Baste lo poco que he referido para juzgar de los demás, atendiendo á que el corazon de María es ahora tan generoso como siempre. Acaso hubiera hecho mejor en decir de una vez que tengo por cosa indudable que todos cuantos han perseverado en nuestra compañía (y lo mismo me persuado de las otras religiones bien ordenadas), lo han debido al favor de nuestra señora, aunque no se haya dejado ver su mano tan claramente en todos como en los pocos que he mencionado. Digo que han perseverado, porque me acuerdo de un hecho memorable que se cuenta en la vida de S. Francisco de Borja, tercer general de la compañía. Visitando este un dia el noviciado de Roma y preguntando á los novicios qué santos habian escogido por patronos, se incomodó mucho porque algunos no contaban entre ellos á la virgen María, y dijo al maestro que velase por la salvacion de aquellos jóvenes, pues temia no perseverasen en la religion. El resultado mostró que no habia dicho ligeramente estas palabras, porque se observó despues que todos los que el santo general habia recomendado al maestro de novicios, sin exceptuar uno, dejaron la religion y se volvieron al siglo en diferentes épocas. Yo por mi parte me creo obligado á dar este testimonio de la verdad: en los años que he tenido á mi cargo la direccion de las tiernas plantas de nuestra compañía, he indagado diligentemente los rastros de la conducta de Dios y los diversos impulsos que habian obrado en el ánimo de aquellos jóvenes para entrar en la órden, y no he encontrado uno que no confesase que despues de Dios era deudor de la gracia de su vocacion á María santísima creyendo tener indicios muy evidentes de ello.

XXI. Sea esto dicho en honor de la reina de los án-

geles, á la cual corresponde como á madre comun proveer á todas las órdenes religiosas y servir de guia á aquellos á quienes mira el cielo con ojos benignos. Esperamos el tiempo en que la veamos como la describió David (1), sentada á la derecha del rey su esposo é hijo y rodeada de gran variedad de siervos y siervas de Dios, á quienes ha llevado por las sendas seguras de los consejos evangélicos al goce de una felicidad perdurable, para que todos en armonioso concierto canten sus alabanzas y pregonen por siempre sus grandezas.

QUINTA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.

CAPITULO VI.

QUE MARIA ES EL VERDADERO MODELO DE LIBERALIDAD PARA CON LOS SUYOS.

Platon en diversos lugares de sus diálogos pinta al amor todo destrozado, descalzo de pie y pierna y muy descompuesto, queriendo á mi juicio dar á entender por esta figura que es un maniroto que lo da todo y no se queda con nada. A la verdad el amor y la cicatería son dos cosas que no se compadecen fácilmente. Dios mismo manifiesta su amor á los hombres distribuyéndoles beneficios, y cuanto mayor es su amor, tanto mas magni-

(1) Salm. XLIV.